MEDIO SIGLO DE POESIA FRANCESA *

Era imprescindible un libro que reuniera escrupulosamente a los poetas franceses que a partir del surrealismo fueron apareciendo. Este lamentable vacío en la bibliografía de habla castellana lo viene a cubrir ahora el tomo de *Poesía francesa contemporánea* (1915-1965) que editorial Taurus ha lanzado al mercado. Afortunadamente esta antología bilingüe fue confiada a un reconocido especialista en la materia, Manuel Alvarez Ortega, que es el autor de esta monumental obra de recopilación y traducción; no se trata de un simple traductor, sino de un poeta, de un gran poeta, de una de las voces más personales de su generación. Educado en el surrealismo, Alvarez Ortega ha estudiado desde su juventud y con inusitada pasión la poesía francesa, complementando su labor con numerosos viajes a las fuentes y contactos personales con casi todos los poetas vivos incluidos en la antología. Encabezada por un breve prólogo explicatorio, la obra incluye setenta poetas, cada uno representado por una reseña biográfica, breve nota crítica, poética y poemas en su versión original y castellana, además de una abundante bibliografía final. Hemos creído conveniente analizar el libro por etapas dada su gran extensión y diversidad.

Los nuevos maestros

No se habían disipado aún los últimos estruendos del simbolismo, la postrer batalla literaria del siglo XIX, nacida al amparo de lo que se llamó el espíritu decadente, cuando Guillaume Apollinaire crea una palabra para la cual estaba reservado un destino excepcional. Casi jugando, el poeta que creía que la tarea de la poesía consistía en guiar al espíritu desde lo real hasta lo superreal, inventa la palabra *surréalisme*. Hacía falta algo nuevo, y dos años antes de morir Apollinaire, el dadaísmo irrumpía en Zürich signado por un furor anarquista. Unos años más tarde, bajo la inspiración directriz de André Breton, nace el surrealismo, el movimiento renovador del arte cuya influencia sería trascendental en la poesía universal, y de singular significancia en la de habla castellana escrita en ambas márgenes del océano. A pesar de que comenzó siendo una negación destructiva, el surrealismo terminó aceptando convertirse en literatura, aunque siempre una literatura en permanente estado de rebelión.

Manuel Alvarez Ortega inicia con el surrealismo su historia an-

---

* *Poesía francesa contemporánea* (antología), de Manuel Alvarez Ortega. Colección Sillar núm. 4. Taunus Ediciones. 1967.

tológica de la poesía francesa, abre el libro Georges Ribemont-Dersaignes, un poeta alistado en las primeras lides dadaístas junto a Tzara y Breton que evolucionó de una primera época amargamente agresiva y caótica hacia una poesía más humana y esperanzada. Maurice Blanchard le sigue; íntimamente ligado al surrealismo no participó sin embargo en él como militante, manteniéndose en una modesta oscuridad hasta su muerte acaecida en 1959. Es sin lugar a dudas uno de los más interesantes cultistas del poema en prosa, varios de los cuales incluye el antólogo. *Las grandes nubes lanzan sus amarras para siempre en nuestras verdes manos.* Le sigue por riguroso orden cronológico Ivan Goll; aunque éste, por su militancia, está muy cerca del surrealismo, el antólogo cree clasificarlo mejor dentro de una línea expresionista mucho más cercana a Saint-john Perse que a cualquiera de sus compañeros surrealistas, con quienes convivió desde el primer momento. Unos cuantos poemas breves aquí incluidos nos bastan para adivinar a una extraña personalidad muy atenta a las corrientes renovadoras de la poesía, pero a la vez poseído por un espíritu concreto.

Paul Eluard es el gran alquimista verbal, el poeta de los aletargados sueños y de sus vaivenes entre el amor y la soledad, el más lírico de los surrealistas. «Salvador Dalí» y «A Pablo Picasso», dos poemas dedicados a los dos grandes pintores españoles del siglo abren la selección dedicada a este clásico de la poesía francesa contemporánea. «Libertad», el célebre poema de la liberación, y otros de tonos diversos completan al lector una idea sobre la poesía de Eluard, universalizada como eminentemente amorosa en detrimento de estas otras facetas no tan populares. Eluard, junto con Breton, Tzara, Aragón, y René Chard, es base fundamental en el complicado edificio de la lírica francesa.

André Breton, el gran mago del surrealismo, el Supremo Sacerdote de un movimiento que desbordó la estética tradicional, está ampliamente representado. Los poemas incluidos son suficientes para que el lector llegue a comprender esa «gran aventura metafísica en busca de la razón de vivir», como llamó Julien Gracq a su obra. El automatismo tuvo en Bretón uno de sus más entusiastas seguidores. «Los poemas constituyen verdaderos torrentes donde la imaginación corre desbordante y lo maravilloso que surge del hombre se despliega sin aceptar que se le interrogue», apunta Aldo Pellegrini. El gran ortodoxo complementó el automatismo, a las aproximaciones insólitas y la protesta, en un descomunal afán de llegar a lo absoluto. Bretón es el artífice del movimiento, nacido al amparo del gran Lautréamont y de su célebre verso: *Bella como el encuentro fortuito de una máquina de coser y un paraguas sobre una mesa de disección.*» Sus ma-

nifiestos y numerosos libros teóricos tienden a la liberación del hombre, tanto en el plano individual como en el social, actitud que más tarde chocará con otros surrealistas creyentes en la absoluta inutilidad de toda acción social.

Tristan Tzara, el mítico personaje de la entreguerra, sigue a Bretón en la selección de Alvarez Ortega. Es el gran revitalizador del lenguaje poético, el temido destructor que en su distorsión de la sintaxis logró crear una nueva poesía altamente imaginativa y dueña de un desconocido humor en la historia de la lírica. Los poemas incluidos por Alvarez Ortega nos muestran una clara evolución de su obra desde su época automática de estilo delirante donde chocan en absoluta libertad toda clase de imágenes para lograr un clima contradictorio y desconcertante, hacia una poesía de tema organizado preocupada por el destino del hombre, sobriamente social a veces, e incluso política, pasando por una actitud fundamentalmente vital en su período surrealista. «La poesía es acción —nos explica Tzara—. Nunca se deja encadenar por sistemas cerrados. Si la poesía no debe servir al hombre, si no debe ayudarle a liberarse de las violencias interiores, de orden moral, y exteriores, de orden social, entonces no es más que un objeto de diversión, simple entretenimiento.»

Antonin Artaud, de quien nos ocuparemos más adelante al hablar de los poetas malditos, sigue a Tzara. «Nuestras aspiraciones de escritor son el presentimiento de una belleza sepultada en las cosas», dice Joë Bousquet, uno de los poetas que mayor influencia ha ejercido en las generaciones jóvenes de Francia. Ligado al surrealismo desde la primera hora, su vida fue una constante lucha en defensa de la libertad y de la dignidad humana. «La nieve de otro tiempo» es un ejemplo incluido de sus maravillosas revelaciones.

A este apartado que llamamos *Los nuevos maestros* se agregan dos poetas de singular importancia en su generación: Philippe Soupault y Louis Aragon. El primero clasificado como poeta de «la exaltación lírica» dentro del surrealismo fue definido muchas veces como un espíritu en busca de lo insólito. «Mi aspiración es ser el explorador de lo insólito, para mí es lo único verdadero», dice y en su *insólita* «Oda a Bogotá» escribe *el amor y la amistad y la poesía / son la resurrección y la vida y la libertad.* Mientras Soupault se embarcaba en esta aventura hacia lo insólito, Aragon, después de su primera experiencia surrealista tendía hacia una poesía «espejo borroso de nuestra sociedad», narrativa y popular, violenta a veces pero siempre signada por la lírica y la brillantez. Su obra, que sufrió un cambio radical después de la segunda guerra mundial, le coloca en primer lugar dentro de los poetas de su tiempo. Alvarez Ortega selecciona numerosos poe-

mas de su segunda época, donde descubrimos a un excelente poeta clásico, diestro en una técnica completamente ajena al surrealismo.

René Chard, el poeta de lo maravilloso («el poeta, mago de la inseguridad, no tiene más que satisfacciones adoptivas. Ceniza siempre inacabada»), ha establecido para muchos críticos una verdadera retórica del misterio. Su obra es hoy punto de partida de las nuevas generaciones.

Henri Michaux, el extravagante viajero creador de universos imaginarios; Benjamín Peret, ortodoxo del surrealismo como Breton, quien dijo de él: «es el poeta que expresa el lado burlesco de la vida moderna del modo más directo»; Robert Desnos, el cautivante creador de la poesía mediúmnica y más tarde brillante poeta amoroso, que Jacques Prêvert, popularizado por su lenguaje simple y cotidiano, que une en sí lo humorístico, lo fantástico y lo absurdo, dejando también sitio para la censura violenta y hasta profética, completan esta etapa de la antología, que por su extensión merecería un comentario mucho más amplio y detallado.

Al margen del surrealismo

Si bien el surrealismo atrajo a sus filas a los poetas más destacados del momento, no cabe duda que hay una extensa relación de nombres contemporáneos al movimiento inspirado por Breton, que, sin embargo, permanecieron al margen de él y que Alvarez Ortega recoge en su obra. Robert Ganzo, Jacques Audiberti, Francis Ponge, son algunos de los clasificables dentro de este apartado. De este último incluye el autor varios poemas en prosa que se caracterizan por su frialdad y deshumanización de la realidad. Louis Emié, un poeta clásico; Gabriel Audisio, luminoso y sencillo; Edmond Vandercammen, Philippe Dumaine, Michel Leiris, engrosan con sus enfoques personales el panorama evidentemente rico y diverso que esta obra nos presenta. Pierre Morhange, Claude Sernet, Pierre Béarn y Raymond Queneau, este último popularizado por sus canciones, y del cual merece especial mención el extraordinario poema «Encina y Perro», del que el traductor nos selecciona largos fragmentos. Jean Follain y Jean Tardieu, Pierre Seghers, el famoso editor de los poetas que con una poesía sencilla y auténtica logró un nuevo humanismo, que más tarde seguirían los poetas de la guerra y las jóvenes generaciones. Paul Gilson y Maurice Fombeure, dos poetas melancólicos y levemente humorísticos; Yannette Delètang-Tardif, André Frénaud, el gran Guillevic, Louis Guillaume, Gaston Massar y Marcel Béaulu, este último autor

de un celebrado libro de poemas en prosa titulado *Mémoires de l'ombre,* nos dan una idea de los posibles caminos de esta poesía hecha a la sombra del surrealismo, muchas veces tocada levemente por éste y otras diametralmente opuesta a sus técnicas e ideales.

Los hermanos del idioma

Aunque nacidos lejos de la geografía gala no son pocos los casos de los hombres de letras que adoptan el francés como lengua de creación. Tal es el caso de varios poetas incluidos en esta obra, y de los que nos ocuparemos brevemente. Lanza del Vasto, el legendario personaje que recorre el mundo con su aire de peregrino medieval o sacerdote oriental es el decano de estos poetas hermanados en el idioma, poeta espiritual, confluencia de la mística occidental judeo-cristiana y de las orientales. «La embriaguez de la poesía proviene de que se bebe la sangre de las cosas.» Leopold Sédar Senghor y Aimé Césaire, ambos africanos, el primero senegalés y el segundo de la Martinica, completan este apartado. Senghor, considerado como el más importante poeta de color de nuestros días, basa su obra en un admirable engarce entre su ancestral cultura *malinke y bereber* y la civilización occidental. «Mujer negra», el célebre poema de Senghor, encabeza la selección de Alvarez Ortega, donde no falta su poesía de denuncia ni la eminentemente lírica entroncada con un folklore exótico y original. Césaire se muestra más ortodoxo y combativo, en la línea social, que su amigo Senghor, incorporando a su lenguaje el vocabulario surrealista que enriquece aún más su ya deslumbrante poesía que a juicio de uno de los críticos más serios de Francia, Gaëtan Picon «es un laboratorio de donde puede salir enriquecida y transformada la poesía del futuro».

Los malditos

El nuevo siglo no rompió la tradición francesa, en lo que a poetas malditos se refiere. El nombre de Artaud nos trae inmediatamente a colación ese torturado mundo entre infernal y divino al que llegan aquellos que pretenden alcanzar un estado de autenticidad total. Alvarez Ortega selecciona media docena de poemas del discutido Antonin Artaud, entre ellos algunos clave para comprender su obra, como «postscriptum» y «C'est moi», como así también el largo «Aquel tiempo, cuando el hombre», poema torrencial que escapa a todo sistema habitual

de crítica, ya que reúne en sí la protesta, el dolor, la injuria, el lirismo y el humor. Junto a estos poemas, el antólogo transcribe distintos trozos de los manifiestos de Artaud, que nos ayudan a interpretar a este espíritu extrañamente mágico, quizá el único que logró hacer realidad aquel gran deseo de Breton de descender a las profundidades del yo. «En donde los demás proponen obras, yo no pretendo más que mostrar mi espíritu.» Ese obsesionante deseo de conocer el yo profundo y esencial, tan ligado a la obra de René Daumal, el otro gran maldito de la poesía francesa contemporánea. El camino es tristemente alucinado, una búsqueda demoníaca que sólo desemboca en el aniquilamiento, el suicidio o la locura. «Hay algo que destruye mi pensamiento», dice Artaud, como también hay algo que destrozará su cuerpo en pedazos y lo disfrazará bajo diez mil notables aspectos, un nuevo cuerpo donde no podremos olvidarle nunca más. *(Un corps neuf / Où vous ne pourrez / Plus jamais / M'oublier.)*

Daumal, el fundador, junto con Gilbert-lecomte, del grupo parasurrealista *Le Grand Jeu,* está ampliamente representado. Es el mismo Daumal, que tuberculoso muere en París, a los treinta y siete años, después de haber escrito en *La Guerre Sainte* su aventura junto a Gurdjieff, el misterioso George Ivanovich Gurdjieff, que en los albores del siglo apasionó a tantos intelectuales europeos y americanos con sus exóticos ejercicios espirituales, que él afirmaba haber heredado de antiquísimas civilizaciones asiáticas. Alvarez Ortega traduce diez poemas de *Poesié Noire, poesié blanche,* el libro donde se reúne toda su obra, casi siempre de corte fantástico, realizada con una materia prima que Daumal consideraba fundamental para la emoción poética, *el caos cenestésico.* Sentimos que debido a la falta de espacio no se haya podido incluir alguno de los largos poemas de *Le Contre-Ciel,* que conocemos por versiones hispanoamericanas.

Cinco poetas religiosos

Loys Masson se destaca entre los poetas religiosos con una obra cercana al simbolismo cristiano y oriental, su «Poema al hermoso mes de mayo» y «El arponero», incluidos en esta obra, son suficientes para colocarle en primer lugar dentro de la poesía religiosa junto a René Menard, La Tour du Pin, Pierre Emmanuel o Jean Claude Renard. Menard, un poco mayor que Loys Masson, hace una poesía religiosa transparente con elementos sencillos y gran claridad. *No puedo vivir contra Dios / ni contra mi amor;* Patrice de La Tour du Pin, nacido en el surrealismo, más tarde bajo la sombra de Claudel, nos descubre

una auténtica personalidad poética, preocupado apasionadamente por el drama humano y su significado religioso. «Escoger lo que se eleve directamente hacia lo divino.» Su «Salmos», construido en versículos, es una de las piezas fundamentales de la poesía religiosa francesa de este siglo. Pierre Emmanuel no es un religioso puro, su poesía se «halla en el cruce de un cristianismo rebelde, veteado de panteísmo, y una filosofía apoyada en el resurgimiento de los viejos mitos», nos explica Alvarez Ortega, y, efectivamente, su obra no puede ser considerada como la de La Tour du Pin, por ejemplo. El mismo nos lo dice: «Mi vocación es presentar al hombre en la certeza y el vértigo de la fe: el hombre en su integridad y su miseria, en su enigmática y contradictoria verdad.» Por último, Jean Claude Renard, el más joven de los poetas religiosos. que se ha impuesto «como uno de los mejores poetas cristianos de este tiempo», caracterizándose por un tono novedoso dentro de la poesía religiosa, a la que le ha dado un impulso importantísimo.

Los poetas de la guerra

Numerosos son los poetas que despertaron en el estruendo de la segunda guerra mundial. Francia, rápidamente ocupada por los alemanes, ardía en fervor patriótico y en clandestina lucha por la libertad. Muchos hombres de la resistencia iban a ser los jóvenes poetas de la posguerra, con sus primeros libros publicados en plena contienda, los que buscarían nuevos caminos para la poesía francesa «como oposición —dice Alvarez Ortega en su prólogo—al círculo cerrado del surrealismo y las corrientes de él derivadas», «la poesía francesa sintió el salvador aviso de un nuevo humanismo, un movimiento que haría del hombre y lo humano el punto de partida para sentar nuevas bases que definieran la lírica de nuestro tiempo».

Lucien Becker encabeza quizá esta generación de poetas surgidos en guerra, considerado hoy como uno de los más importantes de esa tendencia. «Pienso que la poesía es una especie de alquimia», y la suya se caracteriza por su claridad, «transmutación de palabras», «alquimia verbal». Michel Manoll está también inmerso en esta línea de humanizadora de la poesía, provisto de gran imaginación metafórica y a la vez nostálgica de aquello definitivamente perdido. *Un hacha cae / En el tronco nevado donde antes cantaba la primavera.* Jean Cayrol, educado en el surrealismo, es otro de los poetas militantes de la resistencia, labor que le llevó a un campo de prisioneros en Austria, del que fue liberado con mayor suerte que Desnos, ya que salvó la vida. Su

poesía, basada en una religiosidad más experimental que doctrinal, es fundamentalmente vital. «Somos de un país que nada puede sin nosotros.» En una línea parecida podemos clasificar a Luc Estang, en lo que a búsqueda espiritual se refiere, aunque caracterizado por un toque mistérico y secreto, y un clasicismo formal. Junto con Michel Manoll, Jean Rousselot y Jean Bouhier, adhieren también a una poesía sencilla y humana, donde generalmente se narra el drama de una civilización atormentada por la guerra. Bouhier basa su poesía en los recuerdos de los años de lucha contra el nazismo, «tiempos irrigados de sangre». «Se necesitarían bosques para colgar a los culpables.» Alvarez Ortega incorpora a este grupo de poetas a Henri Thomas y a Jean Grosjean, este último representado por varios poemas largos de constante interrogación religiosa. Luc Decaunes, en un comienzo agresivo y revolucionario bajo la influencia de Paul Eluard y el surrealismo, se incorpora a esta línea humanizante de posguerra, que, como André Verdet, logra liberarse rápidamente de la influencia surrealista. Verdet, con su poema «Jour d'été», aporta una visión nueva dentro del importante movimiento humanizador que acaparó la poesía joven. Jean Rousselot, poeta de la pureza verbal, es una figura de singular importancia en lo que se llamó la *Escuela de Rochefort*. Para Rousselot la función del poeta es dar la latitud y la longitud del hombre en medio del universo incomprensible e infinito. Berimont, Rousselot, Bouhier, Manoll, Beaulú, Fombeure, Follain y René Guy Cadou constituyen, entre otros la Escuela de Rochefort, el primer movimiento que reacciona contra el surrealismo. Guy Cadou, malogrado en plena juventud, es considerado por muchos críticos como el poeta más importante del grupo. Apenas muerto, su obra, que sólo era conocida en vida por una reducida minoría, adquirió gran difusión entre los intelectuales franceses, hasta el punto de ser hoy uno de los poetas más célebres de las últimas promociones. George-Emmanuel Clancier, sencillo y elemental; Paul Chaulot, puro e ingenuo, y Claude Roy, intimista y delicado, completan esta selección de una época de la poesía francesa fundamentalmente humana, alejada de los deslumbramientos fantásticos y del caos idiomático, preocupada por desnudar la realidad y presentarla libre de todo artificio.

La joven poesía

Queremos señalar, bajo este apartado, a los poetas incluidos menores de cincuenta años. Alain Borne, considerado como uno de los poetas amorosos más importantes, y Alain Bosquet, épico y atormentado,

abren las puertas de la joven poesía. Borne, apasionadamente romántico, se mantiene dentro de una línea de sencillez común a sus inmediatos antecesores. Bosquet, por el contrario, adopta una desesperante elocuencia, puesta de manifiesto en el largo fragmento que Alvarez Ortega incorpora a su obra de *El segundo testamento*. Es el poeta de la constante interrogación y de las respuestas contradictorias. Jean L'Anselme prosigue la línea simplista tan arraigada en esta época de la poesía francesa, aunque complementándola con un aire satírico, caracterizándose su poesía por su tono narrativo y su brevedad. Claude Vigeé representa a la corriente religiosa, de largo y rico verso esperanzado; Vigeé logra deslumbrar con su exuberante y sugerente mundo interior. Yves Bonnefoy, uno de los poetas más interesantes de las últimas promociones, aporta una poesía oscuramente mágica y desconcertante. Es el poeta de lo efímero, el poeta de la muerte, por momentos herméticos dentro de su aparente sencillez; los poemas, en general muy breves, de Bonnefoy, rompen con una fuerza, quizá heredada de su primitivo surrealismo, cierta monotonía, que parece apreciarse en sus compañeros de generación. Robert Sabatier se diferencia también del movimiento sencillista generalizado a partir de la Escuela de Rochefort. El hermetismo que creíamos adivinar en Bonnefoy lo encontramos aquí mucho más agudizado. Los poemas, sembrados de simbolismos, no son, sin embargo, barrocos o recargados; la oscuridad reside más profundamente en el fondo espiritual más que en la estructura exterior. Por último, Manuel Alvarez Ortega cierra su antología con dos poetas jóvenes de indudable interés. Philippe Jacottet y Charles Le Quintrec; ambos se adhieren a una poesía transparente, la de Jacottet, más simplista aún que la de Quintrec, los dos a la búsqueda de una intangible pureza. Sería difícil para el antólogo continuar avanzando con las más recientes promociones en una obra que abarca ya medio siglo de poesía representado por setenta voces, nos lo dice en el prólogo, «Había que cerrar la puerta a una hora determinada»; sin embargo, nos da algunos nombres de los que considera poetas de claro futuro, André du Bucher, Jacques Dupin, Eduard Glissard, Pierre Oster, Jacques Charpier, Marc Alyn, Lilian Wouter y Jean-Claude Ibert, entre otros.

Conclusión

Si es meritoria la labor que Manuel Alvarez Ortega realizó durante largos años, recopilando y traduciendo a los poetas contemporáneos franceses, no lo es menos este centenar de páginas de apretada tipografía, donde el autor reúne minuciosamente una enorme bibliografía,

actualizada hasta nuestros días, sobre cada uno de los poetas incluidos, dividida en obra personal, estudios dedicados a cada poeta, y una referencia final de obras de carácter general y antologías. Este complemento colabora también para que *Poesía francesa contemporánea* se convierta en el punto de referencia imprescindible para todos aquellos hispanoparlantes que quieran estudiar la poesía francesa de nuestro siglo.—MARCOS RICARDO BARNATÁN.

MAX AUB: *Pruebas.* «Col. Los Complementarios.» Ed. Ciencia Nueva. Madrid, 1967, 203 pp.

Era conocido —dentro del desconocimiento general que sobre el particular existe— Max Aub como autor de novelas de relieve, muchas veces más de nombre que por un conocimiento real de su obra. Pero no lo era tanto en su faceta de ensayista, de la que, sin embargo, habían aparecido algunas muestras en revistas, prólogos y antologías. El libro que ahora publica la editorial Ciencia Nueva en su colección de ensayistas españoles tiene la virtud de ofrecernos ese aspecto del autor, y sólo por este motivo es ya interesante. Pero, además, lo es por la evidente calidad e interés de los trabajos que reúne. Aparecen una serie de artículos y ensayos —algunos de notable extensión, como el dedicado a Heine: sesenta páginas— que tocan temas muy relacionados entre sí. Salvo el primero, ya citado, dedicado a Heine, los restantes se ocupan de cuestiones literarias españolas: *Don Juan,* el *Quijote, Numancia,* el teatro español son los temas centrales. Junto a ellos, Pérez Galdós, a través de su novela *Doña Perfecta,* y Unamuno.

Es en lo referente a nuestra literatura y teatro clásicos donde Max Aub brilla en todo su esplendor de ensayista, para nuestro gusto. Su caminar por los textos no es el de un estudioso sistemático que los fuera analizando pausada y pormenorizadamente. Por el contrario, es la pluma de un creador la que va descubriendo, a veces en paradojas inigualables, aspectos sumamente interesantes y por lo común poco tocados, de estos temas, procurando perfilarlos, vivificarlos para un lector actual. Esta característica nos parece sumamente importante, pues lo normal es que tal tipo de temas literarios sean entrevistos con un afán erudito o culturalista, no como piezas vivas de nuestro pasado. El mérito de Max Aub consiste en haber sabido poner de relieve su actualidad, posiblemente merced a su movida prosa, sus rápidas alu-